

escénicos, demasiado costumbristas y al servicio del mensaje político, como en la interacción con los recursos espectaculares. A decir verdad, el escritor juega muy poco con elementos tan sugerentes como podrían ser los lumínicos, aunque siempre pueden reseñarse excepciones. Es el caso de la representación del interrogatorio en la caseta de la Guardia Civil durante el acto tercero, la cual se ve reforzada por un ingenioso juego de claroscuros y fognazos de luz a los interrogados que bien podría recordarnos al género cinematográfico del suspense y lo policiaco. La música, tal y como ya hemos mencionado, constituye otro de los grandes aciertos de la obra, llenando de una sonoridad muy sugestiva un espacio escénico que, por lo demás, puede llegar a parecer en algunos momentos de cartón piedra.

Dar a conocer al lector actual la obra literaria del exilio republicano español no sólo constituye un ejercicio de dignidad democrática y reparación histórica imprescindible, sino que, a su vez, permite la restitución de un espacio lector vedado para esos escritores durante muchos años. Con la edición de este *1º de mayo en España*, la voz de César M. Arconada se hace oír un poco más y abandona el silencio al cual lo condenó la dictadura franquista. Sin resultar una obra excelente en su forma, no podemos menos que admirar la honestidad y la fuerza expresiva de su mensaje, sustentadas en un realismo socialista prácticamente inédito en las letras españolas y que otorga

al presente texto un innegable valor como testimonio histórico y literario.

POL MADÍ BESALÚ
GEXEL-CEFID-Universitat Autònoma de
Barcelona

Testimonio de vida y época

CONXITA SIMARRO, *Diario de una niña en tiempos de guerra y exilio (1938-1944)*. Edición a cargo de Susana Sosenski. Prólogo de Rita Arias y Simarro. Estudios introductorios de Susana Sosenski y Alicia Alted Vigil. Traducción de una parte del diario del catalán al castellano de Martí Soler. Madrid, CEME-UNED e Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 2015, 272 páginas.

Varias décadas después de que se divulgara el diario de Anna Frank –el más célebre de los egodocumentos compuestos durante del holocausto– han ido viendo la luz los textos que, jornada tras jornada, fueron escribiendo otras niñas y adolescentes en la Europa atenazada por el horror nazi. Entre los últimos que han



sido exhumados se hallan *El cuaderno de Rutka*, de Rutka Laskier; *El diario de Helga*, de Helga Weiss; *El diario de Rywka Lipszyc*; *He vivido tan poco*, de Eva Heyman, o *De noche sueño con la paz*, de Carry Ulreich: cuadernos que han logrado llegar a los lectores gracias al celo con el que sus autoras procuraron su conservación, a la ayuda prestada por familiares y amigos o al simple azar. Con su publicación, han trascendido la función natural de todo diario –en el que el emisor y el receptor son siempre la misma persona–, convirtiéndose así en testimonios de vida y época de innegable interés para el público general y para los estudiosos del convulso siglo XX.

Testimonio de vida y época es también este *Diario de una niña en tiempos de guerra y exilio (1938-1944)*, de Conxita Simarro, acertada edición de los cuadernos que esta barcelonesa fue escribiendo durante seis años cruciales de su vida tras la que se hallan su familia –que los ha custodiado durante décadas, como explica en el prólogo Rita Arias y Simarro, una de sus hijas–, y dos profesoras: la investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y especialista en historia de la infancia Susana Sosenski –editora del volumen y autora de un estudio introductorio sobre “Las voces infantiles en la historia”– y Alicia Alted Vigil –catedrática de Historia Contemporánea y directora del Centro de Estudios de Migraciones y Exilios (CEME), de la UNED–, a quien se debe el trabajo “El diario de Conxita como documento histó-

rico” que se sitúa al frente el volumen. Se trata, advierte Alted, de “un documento de gran importancia para los investigadores del exilio de 1939 porque proporciona una serie de claves que no se contemplan en la documentación de carácter oficial y externo” (p. 33). Es, además, un documento único, pues hasta ahora no se ha divulgado ningún otro diario en el que un menor dejara constancia de su experiencia tras su salida de España. Conxita Simarro empezó a escribirlo el 31 de marzo de 1938, cuando faltaban unos días para que celebrara su undécimo aniversario. Desde entonces, y hasta 1944, anotó sus impresiones y vivencias, un contenido que coincide –aunque solo en la parte central del volumen– con el que la escritora Silvia Mistral divulgó en *Éxodo. Diario de una refugiada española* (1940). La comparación de ambos textos podría contribuir a comprobar si, en este caso –y como advierte Susana Sosenski–, “una perspectiva centrada en el niño permite observar los procesos históricos desde otra óptica” y “atender a detalles que han pasado desapercibidos para los adultos” (p. 16).

El diario de Conxita Simarro –lo señala Alicia Alted en su estudio introductorio– “se articula en dos niveles que se superponen de manera continuada: la vida cotidiana de Conxita y las circunstancias históricas” (p. 41). Estas últimas son las que determinan las tres partes en las que puede estructurarse el libro. La primera, la más breve, incluye las anotaciones que

realizó la niña desde el 31 de marzo de 1938 hasta el 19 de enero de 1939. Durante aquel último año de guerra, los días de Conxita –que se había trasladado con su familia desde la Barcelona bombardeada a Matadepera, una pequeña localidad de esa provincia situada al pie de la cordillera prelitoral– transcurren entre los juegos propios de su edad, la lectura –una de sus principales aficiones– y una contienda de la que solo percibe alguna de sus consecuencias: la ausencia del padre, que regresa de vez en cuando al chalé –a la torre– que comparten con otra familia; la dificultad para conseguir algunos alimentos; la existencia de cartillas de racionamiento, lo que obliga a su madre a cambiar los productos que tiene por otros de los que carecen, o la falta de fluido eléctrico, circunstancia que les obliga a variar sus costumbres. Poco consciente de lo que está sucediendo a causa de su corta edad y del cuidado que ponen los mayores para mantener a los niños al margen de los horrores de la guerra, la crueldad del conflicto se impone irremediabilmente ante ella cuando conoce la noticia de la muerte en el frente de un muchacho huérfano que había sido acogido por la familia con la que conviven los Simarro, o cuando observa –en uno de los viajes que realizaban de vez en cuando a Terrassa, la ciudad más próxima a su lugar de residencia– que un grupo de personas de raza gitana está llevándose la carne de un caballo muerto. El 10 de enero de 1939 –cuando las tropas sublevadas, que habían

logrado hacerse con la ciudad de Tarragona y ya se hallaban a pocos kilómetros de Barcelona– el padre les avisa de que se marchan “a la costa, pero no sabemos a cuál”, anota Conxita. Desde la comisaría de Llançà, en el que la niña cree que es su nuevo hogar –como lo había sido durante algunos días del verano la de Portbou–, recuerda su precipitada salida de Matadepera. No sabe que se halla en plena marcha hacia el destierro, por eso no comprende que su madre, siempre tan preocupada por todo, no se enfade “si no tiene lugar para poner alguna cosa” “No me lo explico”, añade (p. 73).

El 2 de febrero de 1939 Conxita se encuentra ya en Cerbère, la localidad en la que se inicia su exilio. Es entonces cuando empieza a ser consciente de que la guerra está tocando a su fin –“pero ganan estos criminales”, anota (p. 74)–. Comprende también que ella y su familia comparten con la gente que ve llegar a pie los mismos objetivos: huir de los “aviones fascistas” que sobrevuelan Portbou, y encontrar refugio al otro lado de la frontera. Como todos ellos, Conxita y su familia intentarán encontrar una solución a la situación de provisionalidad en la que viven. En Perpiñán, ante la imposibilidad de que lo haga su padre, ella y su hermana tendrán que realizar pequeños trabajos que les permitan subsistir mientras inician las gestiones para viajar a América. Allí siente Conxita las primeras punzadas de la nostalgia; también constata que la solidaridad entre los exiliados es su



mejor escudo contra las adversidades. Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, barajarán la posibilidad de que Conxita regrese, junto a su madre y a su hermana, a España, pero la familia se mantiene unida a la espera de poder viajar a México. Los trámites se demoran, y la niña inicia su escolarización en Francia, actividad que compagina con la realización de jerséis para los soldados. Instalados durante unos meses en uno de los hoteles para refugiados republicanos sufragados por el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE), del que su padre es nombrado intendente, regresan a Perpiñan cuando se decreta la suspensión de actividades de dicho organismo. El internamiento de su padre en un campo de concentración obligará a Conxita a asumir responsabilidades impropias de su edad. Tras su liberación, y ante la prohibición de trabajar que pesa sobre los republicanos, viven gracias al dinero que les llega desde España y a la ayuda de sus compatriotas en Francia hasta que se trasladan a Marsella, donde su padre trabajará en los servicios organizados por Gilberto Bosques, cónsul general de México en Francia, para procurar la evacuación de los republicanos a su país. A la espera de que se produzca el esperado embarque, Conxita se centra durante algunos meses en su formación, que comparte con otras niñas refugiadas, con las que empieza a trabar lazos de amistad. En noviembre de 1941 ponen por fin rumbo a América. El viaje, que les lleva en primer lugar al norte

de África, continúa desde Casablanca en el Serpa Pinto, que arribará a Veracruz, tras realizar varias escalas de las que da cumplida cuenta en el diario, el 16 de diciembre de 1941.

Al iniciarse la tercera y última parte del libro Conxita describe sus primeras impresiones de México. La familia se instala en la capital, donde la muchacha continúa sus estudios en el Colegio Madrid, primero, y en la Academia Hispanomexicana, después—los centros creados por los exiliados republicanos al iniciarse el destierro—. Se inicia su integración en el país, en el que se relaciona con los españoles a los que se halla unida por razones familiares y de amistad, y con los jóvenes mexicanos a los que va conociendo. Conxita sigue con interés el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, cuya finalización les permitirá volver—según creen— a España. Recobrada la tranquilidad que las circunstancias le habían hurtado, vive con placer los momentos inaugurales de su adolescencia—el primer cigarrillo, la primera vez que se pone pantalones, sus primeros pretendientes—. Pero no podrá olvidar en ningún momento su condición de exiliada. La muchacha es consciente de que si inicia un noviazgo con un joven mexicano, y se casa con él, su familia quedará irremediabilmente dividida cuando sea posible regresar a España. Condicionada por las lágrimas de su madre, que reacciona con inmensa tristeza cuando se lo plantea, acabará casándose con David Arias, un refugiado con el que, tras vivir un

largo noviazgo, formará una extensa familia. Pero de eso ya no da cuenta el diario, que concluye el 11 de septiembre de 1944, meses antes de que Conxita Simarro y todos los exiliados republicanos fueran conscientes de que la esperanza de un pronto regreso se había desvanecido para siempre.

Durante algo más de seis años, Conxita Simarro se confiesa con el que reconoce que es su mejor “amigo y compañero” (p. 264): su diario, ante el que se disculpa cuando no le es posible “contarle” sus vivencias o las últimas informaciones de las que ha tenido noticia. En las páginas de los siete cuadernos en los que fue escribiendo tanto en catalán como en castellano –en España, en Francia y en México–, Conxita retrata el yo de una niña que debe madurar antes de tiempo y el nosotros de un exilio que perdurará durante décadas.

FRANCISCA MONTIEL RAYO
GEXEL-CEFID-Universitat Autònoma de
Barcelona

Una habitación propia

CECILIA G. de GUILARTE y SILVIA MISTRAL,
Diario de un retorno a dos voces. Correspondencia. Introducción, edición y notas de Mónica Jato. Sevilla, Ediciones Ulises, 2015, 503 páginas.

Al nutrido número de epistolarios del exilio republicano de 1939 que ha sido publicado hasta la fecha se ha sumado un volumen, editado por Mónica Jato –profesora de la University of Birmingham y autora de varios estudios sobre la obra de Cecilia G. de Guilarte–, que resulta excepcional por varias razones. En primer lugar, porque quienes intercambiaron las cartas que contiene fueron dos escritoras, dos mujeres que se vieron obligadas a salir de España al término de la Guerra Civil para padecer largos años de exilio en México, donde se inició una correspondencia que las mantuvo unidas en la distancia desde 1949 –año en el que Cecilia G. de Guilarte abandonó Ciudad de México, donde residía también Silvia Mistral, para vivir a partir de entonces en distintas localidades del país– hasta poco antes del fallecimiento de la primera, ocurrido en 1989. La mayoría de esas cartas no se han conservado, razón por la que Jato solo ha podido exhumar setenta y seis de las que se enviaron ambas escritoras. Sesenta y cinco fueron escritas entre 1973 –hacia entonces